Literatura medieval, repertorio y periodología. Notas sobre la posición sistémica de las literaturas medievales en la dinámica literaria[1]

César Domínguez

Universidade de Santiago de Compostela
ltcesar@usc.es

Resumen

En el marco de la reificación bajo óptica nacional de la que son objeto las literaturas medievales, resulta muy significativa la posición que para ellas se reserva en los paradigmas historiográficos. La literatura medieval se conceptúa exclusivamente como la *apertura* de la dinámica literaria nacional, de tal forma que, en ella, estarían compendiadas las futuras orientaciones evolutivas. Sin embargo, semejantes planteamientos son contradictorios con respecto tanto a la propia trayectoria evolutiva de las literaturas, muy distante de una causalidad monolineal y direccional, como a las funciones sistémicas que las literaturas medievales desempeñan en el interior del repertorio. Aquí se propone una introducción a este ámbito de investigación, con especial énfasis en los problemas que las literaturas medievales plantean a la historia literaria comparada. A este respecto, se incide en los usos predictivos de las literaturas medievales como causa de su resistencia a la comparación.

Palabras clave: teoría de la literatura comparada, historia literaria comparada, literaturas medievales, formaciones culturales no-nacionales.

Abstract

The function fulfilled by medieval literatures in historiographical paradigms is very significant, as it is the result of their reification under national perspective. Medieval literatures are generally regarded as the starting point of national literary dynamics; therefore, future evo-

[1] Este trabajo se halla vinculado al Proyecto de Investigación "Historia comparada de las literaturas: aplicaciones al dominio ibérico", dirigido por Fernando Cabo Aseguinolaza. Dicho Proyecto está financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia (HUM2004-00314) y por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

lutionary tendencies would be summarized in them. However, such an approach is contradictory both to the evolutionary path of literature itself, which is very different from a uni-directional and single-linear causality, and to the systemic roles which medieval literatures play within the repertoire. Here a first step in this field research is taken, with particular emphasis on the problems that medieval literatures pose to comparative literary history. In this regard, predictive uses of medieval literatures are highlighted as being the cause of their resistance to comparison.

Key words: theory of comparative literature, comparative literary history, medieval literatures, non-national cultural formations.

En 1964, con ocasión del IV Congreso de la Association Internationale de Littérature Comparée / International Comparative Literature Association (AILC / ICLA, a partir de ahora), celebrado en Friburgo, Jacques Voisine, especialista en literatura europea del siglo XVIII y, particularmente, en Jean-Jacques Rousseau, expuso la necesidad de que esta asociación patrocinase una *histoire littéraire européenne*. La dimensión ideológica del proyecto, con las implicaciones de su recurso a una epistemología comparatista, frente a las opciones metodológicas de otras historias literarias de idéntica vocación espacial, no podía ser más explícita. Anunciado desde el marco prototípico de la neutralidad (Suiza) y en un momento culminante de la Guerra Fría y la división de Europa en bloques (tres años después de la construcción del Muro de Berlín), su promotor, nacido el año de la Gran Guerra, veía en el comparatismo una vía para la superación de las divisiones arbitrarias y, por ende, para la consecución de un imprescindible pluralismo. Un universalismo cultural con la obra del propio Rousseau, precisamente, como uno de sus símbolos, en una línea analítica inaugurada con la benemérita tesis doctoral de Joseph Texte *(Jean-Jacques Rousseau et le cosmopolitisme littéraire),* dirigida por Ferdinand Brunetière, él mismo uno de los padres fundadores de la historia general de las literaturas en Europa como núcleo de la investigación comparatista (piénsese, por ejemplo, en el programa expuesto en «La Littérature européenne», en Brunetière 1900 / 1999).

Para la ejecución de esa *histoire littéraire européenne* se creó un comité específico (el Coordinating Committee for Comparative Literary History in European Languages, presidido en la actualidad por Mihály Szegedy-Maszák) que, para ese fin, recibió subvenciones de la UNESCO. Casi diez años más tarde, en 1973, se publicó el primer volumen de esta empresa (*Expressionism as an International Literary Phenomenon*), bajo la dirección de Ulrich Weisstein (1973). A lo largo de las cuatro décadas de su existencia hasta el momento, el Coordinating Committee ha recibido, tan sólo, tres propuestas para la elaboración de una historia comparada de las literaturas medievales, dos de ellas sin ninguna clase *manifiesta* de restricción espacial, cronológica o genológica y una circunscrita a un caso específico (la prosa tardomedieval).

Por diversas razones, ninguna de estas propuestas ha sido llevada a término, bien porque el proyecto, inicialmente aprobado, fue abandonando durante su ejecución, bien porque ni siquiera el plan inicial obtuvo el beneplácito del Coordinating Committee. Tanto el escasísimo número de propuestas como su generalizada

impracticabilidad autorizan a hablar de un *fracaso* de la Edad Media en la historiografía comparatista contemporánea, un fracaso que resulta más notorio, si cabe, cuando se contrasta con la aparente carencia de dificultades constatada para otras épocas, desde el Renacimiento (Klaniczay, Kushner y Stegmann 1988 y Chavy, Kushner y Runte 2001) hasta el Posmodernismo (Bertens y Fokkema 1997). Es más; puede hablarse incluso de un doble fracaso, de un fracaso en dos dimensiones, la temporal (con la ausencia de una historia comparada monográfica sobre el Medievo, aun cuando fuese bajo el expediente de algún tipo de restricción) y la espacial, ya que, con las únicas excepciones de dos proyectos en curso, consagrados, sintomáticamente, a sendas penínsulas (la Ibérica y la Escandinava), ninguna de las otras historias de índole geocultural auspiciadas por la AILC / ICLA dedica su atención a la época en cuestión. Obviamente, en términos generales podría argumentarse que el propio marco geocultural seleccionado (el Caribe, América Latina, el África subsahariana) haría imposible esa atención (no así en el caso de Europa Centro-Oriental, el análisis de cuyas literaturas se limita, con todo, a los siglos XIX y XX), lo que nos conduce al problema de la conformación cronotópica de la noción de *Edad Media* y, de resultas, de *literatura medieval* (leída implícitamente como literatura *europea* medieval) y a la habitual obliteración de un problema, al que, en principio, se hace frente en este XV Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada, como es el de la pervivencia del mundo medieval en la literatura contemporánea, a menos que se aborde desde esa restricción cronotópica (¿el mundo medieval sólo puede pervivir en las literaturas de aquellos espacios que han *experimentado* el período medieval?).

En el caso de que nos preguntemos por la razón más inmediata de ese fracaso, temporal pero también espacial, de la Edad Media en la historiografía comparatista contemporánea, será difícil que nos sustraigamos del recurso al argumento de la *peligrosidad* de este período. Los comparatistas han fracasado en sus intentos de *viaje* historiográfico al Medioevo (con todas las salvedades hermenéuticas *à la Gadamer*) como resultado de su elevada, en términos *comparativos* con otras épocas, peligrosidad, una explicación cuyo atractivo se incrementa cuando se verifica que ha sido objeto de exploración literaria por la ciencia ficción (una manifestación más de esa pervivencia del mundo medieval) a lo largo, por lo menos, de los últimos dos siglos, desde *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court* (1889), de Mark Twain, hasta *Doomsday Book* (1992), de Connie Willis, o *Timeline* (1999), de Michael Crichton.

Así, y para limitarme al caso reciente de estas dos últimas novelas, cuando en *Timeline* algunos técnicos de la multinacional ITC y tres estudiantes de postgrado de la Universidad de Yale se trasladan desde las instalaciones de la empresa en Nuevo México en 1999 al sur de Francia veinte años después del inicio de la Guerra de los Cien Años con el objetivo de rescatar a su profesor (Edward Johnston), confinado en el siglo XIV como consecuencia de un accidente imprevisto, el ingreso en el nuevo espacio-tiempo de dos de estos viajeros (Susan Gómez y Victor Baretto) les conduce de manera inmediata a una muerte sangrienta a manos de jinetes con armaduras negras.

Mayor interés reviste con respecto a ese peligro historiográfico el caso de *Doomsday Book*, ya que en esta novela se nos presenta cómo a mediados del siglo XXI los viajes en el tiempo son una práctica habitual para los estudiantes de

postgrado en proceso de realizar sus tesis doctorales, en especial en las facultades de Historia. Las épocas se clasifican mediante una tabla de peligrosidad. De ellas, es precisamente la medieval aquella a la que no está permitido trasladarse; pero, en la Universidad de Oxford, uno de estos viajes prohibidos a la Edad Media tiene lugar gracias a la intervención de un medievalista de poco éxito académico (el Prof. Gilchrist), quien envía a su mejor doctoranda (Kivrin Engle) a la Inglaterra medieval para refrendar sus hipótesis. Por un error de cálculo, la estudiante es transportada a una pequeña aldea en el momento en el que se producirá el brote de peste negra.

Dejaré de lado en esta ocasión esa auténtica invariante del género de las novelas de campus que es la tradicional ineptitud, resultado de toda clase de frustraciones (intelectuales pero también otras más mundanas), atribuida a los profesores universitarios, incluidos los medievalistas, para señalar que esta peligrosidad, más allá de su vertiente funcional en la trama de estas obras, constituye una de esas propiedades esencialistas atribuidas al Medievo desde el mismo momento en que los siglos referidos por esta etiqueta epocal adquirieron una especie de coherencia orgánica por obra del Humanismo florentino, ya sea que se atribuya la paternidad de la denominación, y de sus implicaciones, a Francesco Petrarca (como es tópico) o al bibliotecario pontificio Giovanni Andrea del Bussi, de acuerdo con la propuesta de Jacques Le Goff (1985: 7).

Nos hallamos ante ese mecanismo semiótico identificado por Iuri M. Lotman y B. A. Uspenski (1971 / 2000) por el cual una cultura dada se autodefine tanto topográfica como cronológicamente a partir de la distancia o proximidad que postula con respecto a *otras* geografías o épocas, en un complejo entramado –diríamos en términos imagológicos– de *images* y *mirages* que los reúne en un único cronotopo (para Occidente, su encuentro con el *otro* fue, simultáneamente, un viaje en el espacio y en el tiempo), en virtud de esa culturosofía ilustrada que reinscribe la distancia espacial en *diferencia* temporal y, por tanto, en diversas fases de una única línea evolutiva. Así, cuando el proyecto ilustrado sienta las bases de la Modernidad en la confianza en la razón y el progreso humanos, el referente inexcusable, por la negatividad a él atribuida, son las *Dark Ages*, medievales por antonomasia, lo que supone una concepción de ese progreso como una procesualidad direccional, meliorativa, acumulativa e irreversible y, por tanto, una concepción del Medievo como una fase primitiva, infantil (Giuseppe Sergi 1998 / 2000: 41, titulaba recientemente «Le Moyen Âge comme enfance de l'Europe» el capítulo sexto de *L'Idée de Moyen Âge*) y definitivamente clausurada y superada. Por el contrario, cuando se identifica la existencia de *residuos* supuestamente medievales en la época contemporánea (la adjetivación de ciertas atrocidades militares o judiciales como *medievales* constituye un auténtico estilema periodístico) o se afirman las semejanzas de nuestra época con la medieval hasta el punto de calificar, como hace Umberto Eco, entre otros, el *tournant* de los siglos XX-XXI como un *nuovo medioevo* (Eco *et al.* 1973 / 1974), se niega la direccionalidad e irreversibilidad de esa línea procesual, que explota y se multiplica en su reconocimiento de los *ricorsi*, diríamos en filosofía de la historia con Giambattista Vico (*Principi de scienza nuova*), *intrusiones*, en semiótica con Lotman (1992 / 1999: 182), o *incorporation subséquente*, en teoría de la Literatura Comparada con Dionýz Ďurišín (1993: 68-71).

Las consecuencias de una u otra posibilidad para el tratamiento historiográfico de las literaturas medievales no son en modo alguno menores. Su análisis será obje-

to de próximos trabajos. Aquí indicaré tan sólo que ambas posibilidades (distanciamiento lineal o proximidad cíclica) dependen de una misma circunstancia: el *anacronismo*. En el marco del proceso de distanciamiento lineal, el Medievo constituye la edad anacrónica por excelencia, aquella con la que ninguna otra debiera identificarse si desea conjurar el peligro de ese anacronismo, de tal manera que viene así a representar una suerte de *pre*-historia, una edad *pre*-moderna cuyo único significado deriva de ser el germen teleológico de la Modernidad, pero que, por sí misma, carece por completo de sentido. En esa teleología de la Modernidad, el Medievo representa el segundo *inicio* para la *idea de Europa*, ahora por vía nacional, frente al primero, instituido, por vía universalista, por la Antigüedad grecolatina.

En el marco del proceso de proximidad cíclica, por su parte, cualquier época puede jugar a ser, anacrónicamente, una *nueva* Edad Media, un *revival* medieval, que acaba por hacer también de la propia Edad Media una época temporalmente dislocada al contener, *in nuce*, segmentos de tiempos futuros.

En definitiva, el Medioevo *es* sólo en cuanto epifenómeno. En este sentido no extrañará que la auténtica trama subyacente que da sentido a la peligrosidad medieval como tema literario sea, precisamente, el anacronismo. Retomemos, por un momento, los tres ejemplos a los que he recurrido antes. En *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court*, el protagonista, Hank Morgan, especialista en armamento, hace uso de sus conocimientos técnicos e históricos para controlar al rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda e introducir al Camelot del siglo VI en la auténtica civilización (la del XIX) y su ideal de progreso. El resultado es una guerra civil en la que ambos bandos son destruidos por las innovaciones tecnológicas. En *Doomsday Book*, el hecho de que la llegada de la viajera en el tiempo, quien ha contraído antes de ser transportada al pasado una extraña enfermedad, que se convertirá en el siglo XXI en una auténtica epidemia, coincida con el momento en el que se produce el brote de peste negra en la Inglaterra del XIV explica la peligrosa peripecia en la que se ve atrapada. Y en *Timeline* estos juegos tradicionales de la ciencia ficción con el anacronismo se ven acompañados de pasajes en los que se reflexiona sobre este fenómeno, como, por ejemplo, a raíz de las posibles consecuencias alocrónicas derivadas de la variación del rumbo del pasado con conocimientos del futuro.

Mayor profundidad teórica que estos pasajes pseudocientíficos reviste, para la cuestión del anacronismo, la propia tematización del enfrentamiento de los viajeros temporales con el pasado. A este respecto, destaco los siguientes dos fragmentos de la última novela mencionada, pertenecientes a la experiencia que tienen los personajes durante los primeros diez minutos de su estancia en el Medievo:

(i) Percibía algo siniestro en aquel bosque. Miró a uno y otro lado para encontrar la causa que lo inducía a pensar que algo anormal ocurría allí, que algo faltaba o no encajaba. Finalmente preguntó:

> –¿Qué pasa?
> Gómez se echó a reír.
> –¡Ah, es eso! –dijo–. Escucha con atención.
> Chris guardó silencio y escuchó. Se oía el gorjeo de los pájaros y el suave susurro de las hojas de los árboles movidas por una ligera brisa. Pero aparte de eso…
> –No oigo nada.

> –Exacto –confirmó Gómez–. Eso pone nervioso a algunas personas la primera vez que vienen. Aquí no hay ruido ambiental: ni radio, ni televisión, ni aviones, ni maquinaria, ni tráfico. En el siglo XX estamos tan habituados a oír sonidos continuamente que el silencio absoluto nos resulta escalofriante.

(ii) Y cuando volvió a centrar la atención en el pueblo de Castelgard, percibió algo anómalo que fue incapaz de determinar. Hasta que por fin cayó en la cuenta:

> ¡No había chimeneas!
> No asomaba una sola chimenea por ninguna parte […]
> Se hallaba, pues, en una época anterior a la aparición de las chimeneas en esa región de Francia. Por algún motivo, ese insignificante detalle arquitectónico le produjo un escalofrío de algo rayano en terror (Crichton 2004: 255-256 y 262, respectivamente).

Para estos viajeros en el tiempo, las experiencias sensorial del silencio y visual de la falta de chimeneas constituyen *su* comprensión del Medievo; son su experiencia *medieval* y, a un tiempo, una falsificación del Medioevo, posible exclusivamente mediante una proyección retrospectiva del conocimiento futuro y, por tanto, imposible de ser vivida por el hombre medieval. El pasado tan sólo puede ser experimentado en su *otredad*, como nos lo recuerda L. P. Hartley en el prólogo de *The Go-Between*: "The past is a foreign country: they do things differently there" (1958: 7). Se trata de la paradoja en la que se asienta la labor historiográfica. A este respecto, sólo basta recordar el difícil y tardío reconocimiento institucional de la llamada *histoire du temps présent* o historia contemporánea (véase Leduc 1999: 71-83), en función del postulado por el que sólo la *distancia* permitiría la no-interferencia del presente y, por tanto, la exacta aprehensión del pasado y su historización. De ahí el elevado índice de cientificidad y profesionalidad atribuido a la especialización en historia antigua y medieval a lo largo del siglo XIX y principios del XX, que relegaba el estudio de la historia *actual* a juristas, políticos y sociólogos.

Obviamente, esa negación de cientificidad para la historia contemporánea se fundamenta en el hecho de que la experiencia directa de los acontecimientos no asegura una comprensión mejor. Así, si el medievalista pudiese viajar a la época de su especialidad como los personajes de *Timeline*, muchas de sus experiencias serían falsamente medievales, para no mencionar los peligros derivados de enfrentarse con guerreros despiadados o epidemias para las que su tiempo no lo ha hecho inmune. En términos historiográficos, diríamos con el Marc Bloch de *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* que "en el inmenso tejido de los acontecimientos, de los gestos y de las palabras de que está compuesto el destino de un grupo humano, el individuo no percibe jamás sino un pequeño rincón […]. El investigador del presente no goza en esta cuestión de mayores privilegios que el historiador del pasado" (1949/1992: 43). Añadamos a ello el hecho, señalado por Krysztof Pomian, de que "les objets premiers de la recherche historique se trouvent donc ici même […]. Avant de nous apparaître comme originaires de telle ou telle époque, ils sont nos contemporains simplement parce qu'ils sont présents" (citado en Leduc 1999: 67). Y si bien Pomian se refería al documento histórico, la extrapolación al documento literario no debería plantear dificultad alguna. Estudiamos aquella obra medieval

que está *presente* para nosotros. Incluso estudiamos muchas obras medievales que están más *presentes* para nosotros de lo que nunca lo estuvieron para los lectores del Medioevo.

Antes sugerí que las experiencias de los viajeros de *Timeline* son, a un tiempo, *sus* experiencias medievales y una falsificación del Medievo. Se hace necesario precisar una afirmación como ésta. Diría que dichas experiencias son auténticamente *medievales* en tanto que son el resultado de *su* encuentro con el Medievo, en consonancia con esa imposibilidad hermenéutica de un conocimiento sin pre-juicios, ya que, como afirma Hans-Georg Gadamer, "la idea de una razón absoluta no es una posibilidad de la humanidad histórica" (1991: 343). Pero son falsificaciones medievales en el momento en que se las convierte en *las* experiencias medievales, es decir, en el momento en que sean reificadas y, por tanto, el anacronismo deje de ser reconocido como condición inherente del conocimiento. Aquí se localiza el origen del fracaso de la Edad Media en la historiografía comparatista contemporánea, un fracaso doble como he comentado antes, pero ahora en otras dos direcciones, sea como consecuencia del intento de perseverar en esa prolongada reificación voluntaristamente inconsciente, sea, cuando dicha reificación es detectada, como consecuencia de la falta de alternativas heurísticas.

Sobre estas alternativas heurísticas, de las que me vengo ocupando en otros trabajos (Domínguez en prensa), no me detendré aquí, sino que dedicaré el cierre de mi exposición a ese anacronismo reificado. En este sentido, y dada la línea de argumentación proseguida hasta el momento, podría estimarse que la elección del título del presente ensayo no ha sido la más acertada. Sin embargo, creo que en lo comentado hasta el momento se hallarán, al igual que sucede con el anacronismo como entramado subyacente de las novelas de Twain, Willis y Crichton, suficientes indicios sobre la instrumentalización periodológica de las literaturas medievales y la posición sistémica que se les reserva en la dinámica literaria.

La identificación de la exacta naturaleza de esa reificación voluntaristamente inconsciente, en cuanto explicación del fracaso de la Edad Media en la historiografía comparatista contemporánea, resulta en extremo nítida cuando se examinan aquellas otras historias literarias en las que el fenómeno medieval no parece haber suscitado dificultad alguna. Para circunscribirnos al ámbito disciplinar que aquí nos ocupa, baste recordar que la fundación institucional de la Literatura Comparada se asentó, precisamente, en la historización de las literaturas medievales, con aportaciones tan determinantes como el *Tableau de la littérature au Moyen Âge en France, en Italie, en Espagne et en Angleterre* (1830), de Abel-François Villemain, el discurso inaugural del año 1832 en la Universidad de la Sorbona "De la littérature française dans ses rapports avec les littératures étrangères au Moyen Âge" o la *Histoire de la littérature française au Moyen Âge comparée aux littératures étrangères* (1841), ambos de Jean-Jacques Ampère.

Desde sus mismos títulos, estas historias comparadas son explícitas en cuanto al tenor de esa reificación, que se concreta en una proyección *retro*-nacional del espacio literario (*France*, *Italie*, *Espagne*, *Angleterre*) y de las relaciones interliterarias, que son inter-*nacionales* (*littératures étrangères*), en el escenario de una suma paratáctica de una Europa sinecdóquicamente representada y concebida mediante esa esclarecedora metáfora del *tableau*. Esa proyección retronacional practicada por

estos fundadores institucionales del Comparatismo contaba con notables precedentes, de los que se reconocen deudas explícitas, como la *Geschichte der alten und neuen Literatur* (1804) de Friedrich Bouterwek, o *De la littérature du Midi de l'Europe* (1813), de J. C. L. Simonde de Sismondi, y con no menos importantes y numerosos epígonos, desde todas las historias literarias nacionales (limitadas o no al Medioevo) hasta aquellas historias que superan esta frontera por la vía de la parataxis nacional, como el *Grundriss der romanischen Literaturen des Mittelalters*, la *Historia vsemirnŏi literatury* (Historia de la literatura mundial) del Instituto Gorki de Moscú o cualquiera de las historias con las que contamos que hacen de la *literatura universal* su objeto de estudio. En definitiva, la reificación retronacional implica entender las literaturas medievales como formaciones culturales *pre*-nacionales, insertas por tanto en la teleología de la nacionalización literaria, y no como formaciones culturales *no*-nacionales.

Resulta de interés en este momento presentar un argumento desarrollado recientemente por John Lewis Gaddis en *The Landscape of History*, en el marco de su diálogo metadisciplinar con la citada *Apologie* de Bloch y *What is History?*, de Edward H. Carr. Frente a la diferenciación decimonónica entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, Gaddis demuestra, en lo que concierne a la posición de la Historia, cómo esta disciplina presenta notables afinidades con aquellas *ciencias*, en el sentido fuerte del término, en las que la investigación no puede desarrollarse mediante una reproducción en laboratorio como resultado de la inaccesibilidad de los procesos, tales como la Biología, la Geología, la Paleontología o la Astrofísica. En todas ellas, incluida la Historia, la investigación no se fundamenta en la reproductividad, sino en una replicabilidad virtual:

> En esto es en lo que coinciden aproximadamente el método de los historiadores y el de los científicos, al menos el de los científicos para quienes es imposible la reproducción en el laboratorio. Pues los historiadores también comienzan con estructuras supervivientes, ya sea en archivos, en artefactos o incluso en recuerdos. Luego deducen los procesos que las produjeron. Al igual que los geólogos y los paleontólogos, deben tener en cuenta que la mayoría de las fuentes del pasado no han sobrevivido y que la mayoría de los acontecimientos de la vida cotidiana ni siquiera producirán un registro con posibilidad de supervivencia. Al igual que los biólogos y los astrofísicos, deben lidiar con evidencias ambiguas e incluso contradictorias. Y al igual que todos los científicos que trabajan fuera de los laboratorios, los historiadores tienen que utilizar la lógica y la imaginación para superar las dificultades resultantes, su propio equivalente de los experimentos mentales si se quiere (Gaddis 2004: 66).

Las resonancias en este pasaje de los postulados popperianos acerca de la necesidad de una imaginación creadora de hipótesis y conjeturas para la resolución de los problemas científicos en cuanto expectativas defraudadas –que Darío Villanueva (1991: 15-46) allega a la metodología de la ciencia literaria– son evidentes. Gaddis (2004: 82-84) complementa esta constatación con el hecho de que la Historia aplique una *visión ecológica*, es decir, que base su investigación en la subordinación de las generalizaciones a la explicación, que proceda mediante *generalizaciones particulares*, frente a las Ciencias Sociales, que, al cifrar su objetivo en confirmar o refutar una hipótesis, proceden mediante *particularizaciones generales*. La extra-

polación a los Estudios Literarios de estas dos reflexiones de Gaddis no resulta forzada en modo alguno. Trabajamos con estructuras supervivientes (las obras literarias), *presentes* para nosotros mismos, para las que debemos deducir los procesos que las originaron sin posibilidad alguna de accesibilidad, de viaje en el tiempo, innecesario, por otra parte, ya que los especialistas en literatura contemporánea, como dijera Bloch de aquéllos en historia contemporánea, no están en mejor situación que los especialistas en literatura antigua o medieval.

Sin embargo, el historiador literario del Medioevo, a pesar de que su cometido no es la predicción, parece haber optado por una metodología más próxima a las Ciencias Sociales que a la Historia, en el sentido de que se ha decantado por un uso nomotético de las literaturas medievales, una particularización general que las sitúa en el proceso monolineal que conduce inexorablemente al *telos* nacional, a semejanza de las teoría sociales de la modernización, que sostienen que todos los países atraviesan por fases equipolentes de desarrollo económico. Son estas particularizaciones universalistas las que imposibilitan, precisamente, el acto comparatista en toda su profundidad epistémica, pues en su marco la comparación acaba por ser tan sólo una constatación de la posición, *avanzada* o *retrasada* en el patrón periodológico, de la literatura en cuestión.

A esta perspectiva reduccionista, que persigue un universalismo al margen del espacio y del tiempo, obedece el fracaso de la Edad Media en la historiografía comparatista contemporánea o, mejor, el fracaso de nuestras teorías sobre la Edad Media. Sobre los usos de las teorías, Gaddis ha afirmado que los historiadores "al tratar de mostrar cómo los procesos del pasado produjeron las estructuras presentes, nos inspiramos en cuanta teoría podamos encontrar que nos ayude a cumplir esa tarea" (2004: 92). Robert Doniger, el propietario multimillonario de ITC en *Timeline*, sostiene, por su parte, que "en lo referente a la historia, las teorías no tienen ningún valor […]. Una teoría es válida si permite predecir sucesos futuros. Pero la historia es el registro de acciones humanas, y ninguna teoría puede predecir las acciones humanas" (Crichton 2004: 239). Superficialmente, ambos enfoques (el disciplinar y el literario) podrían entenderse como opuestos. En realidad, su afirmación es idéntica. Durante largo tiempo el Medievo se ha resistido a la comparación por haber sido objeto de teorías predictivas; tal vez haya llegado el momento de explorar los usos idiográficos de la teoría y sus consecuencias para la Literatura Comparada.

BIBLIOGRAFÍA

Bertens, H. y D. Fokkema (eds.), *International Postmodernism. Theory and Literary Practice*. Amsterdam: John Benjamins 1997.

Bloch, M., *Introducción a la historia*, trads. P. González Casanova y M. Aub. Méjico: Fondo de Cultura Económica 1992, trad. de *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*. París: Armand Colin 1949.

Brunetière, F., «La letteratura europea», trad. Fr. Sinopoli, en: *Il mito della letteratura europea*. Ed. Franca Sinopoli. Roma: Meltemi 1999, 125-141, trad. de «La Littérature européenne», *Revue de Deus Mondes* 161 (1900), 326-335.

Chavy, P. / E. Kushner / H. Runte (eds.), *L'Époque de la Renaissance: 1400-1600*, IV: *Crise et essors nouveaux (1560-1610)*. Amsterdam: John Benjamins 2001.

CRICHTON, M., *Rescate en el tiempo (1999-1357)*, trad. C. Milla Soler. Barcelona: De Bolsillo 2004[2]. [Original inglés de 1999].

DOMÍNGUEZ, C., «Medieval Literatures as a Challenge to Comparative Literature. A Reflection on Non-National Cultural Formations», *Canadian Review of Comparative Literature* [en prensa].

ĎURIŠIN, D., *Communautés interlittéraires spécifiques*, VI: *Notions et principes*, trad. Anettová. Bratislava: Institut de Littérature Mondiale-Académie Slovaque des Sciences 1993.

Eco, U. *et al.*, *La nueva Edad Media*, trad. C. Manzano. El Libro de Bolsillo Humanidades, 524. Madrid: Alianza 1974, trad. de *Documenti su il nuovo medioevo*. Milán: Bompiani 1973.

GADAMER, H.-G., *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, trads. A. Agud Aparicio y R. de Agapito. 4ª ed. Salamanca: Sígueme 1991. [Original alemán de 1960].

GADDIS, J. L., *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, trad. M. A. Galmarini. Argumentos, 313. Barcelona: Anagrama 2004, trad. de *The Landscape of History*. Nueva York: Oxford University Press 2002.

HARTLEY, L. P., *The Go-Between*. Londres: Penguin 1958. [Original de 1953].

KLANICZAY, T. / E. KUSHNER / A. STEGMANN (eds.), *L'Époque de la Renaissance: 1400-1600*, I: *L'Avènement de l'esprit nouveau*. Budapest: Akadémiai Kiadó 1988.

LEDUC, J., *Les Historiens et le Temps. Conceptions, problématiques, écritures*. París: Seuil 1999.

LE GOFF, J., «Pour un long moyen âge», en: *L'Imaginaire médiéval.* París: Gallimard 1985, 7-13. Publicado originalmente en *Europe* 654 (1983), 19-24.

LOTMAN, I. M., *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*. Trad. D. Muschietti. Barcelona: Gedisa 1999, trad. de *La cultura e l'esplosione*. Milán: Giangiacomo Feltrinelli 1993. [Original ruso de 1992].

USPENSKI, B. A., «Sobre el mecanismo semiótico de la cultura», en: Lotman, I. M.: *La semiosfera*, III: *Semiótica de las artes y de la cultura*, trad. D. Navarro. Frónesis, 23. Madrid: Cátedra-Universitat de València 2000, 168-193. [Original ruso de 1971].

SERGI, G., *L'Idée de Moyen Âge. Entre sens commun et pratique historique*, trad. C. Paul-Maïer. París: Flammarion 2000, trad. de *L'idea di medioevo*. Roma: Donzelli 1998.

VILLANUEVA, D., *El polen de ideas. Teoría, Crítica, Historia y Literatura Comparada*. Barcelona: PPU 1991.

WEISSTEIN, U. (Ed.), *Expressionism as an International Literary Phenomenon*. Budapest: Akadémiai Kiadó 1973.